



Comentario bibliográfico

Lieven, Dominic: *Towards the Flame. Empire, War and the End of Tsarist Russia*, Londres, Penguin, 2015.

Constanza B. Verón

Universidad de Buenos Aires

cbveron@gmail.com

Fecha de recepción: 14/11/2017

Fecha de aprobación: 27/11/2017

La Primera Guerra Mundial terminó de generar las condiciones para que en Rusia se diera la primera revolución comunista triunfante a nivel mundial. A través de *Towards the Flame*, Lieven nos lleva a indagar en la política exterior rusa así como en las redes de poder al interior de Europa que llevaron al estallido de la Gran Guerra, abordando principalmente el período anterior a 1914. A lo largo del libro, el autor pone en primer plano a la aristocracia rusa, los debates acerca de la conducción del imperio, y su relación con los Balcanes, en diálogo con el contexto internacional. Desde un comienzo Rusia es posicionada como “segundo mundo europeo” dentro del balance de poder en Europa. En su propuesta, Lieven plantea, por un lado, el rol clave de Ucrania en la configuración de poder al interior de Europa por su desarrollo industrial y por ser productora de materias primas claves para la industria; y por el otro, a la Primera Guerra Mundial como un conflicto principalmente de Europa Oriental por el territorio, el estatus y la influencia.

Dominic Lieven es un académico británico especialista en la historia de Rusia imperial. Su entendimiento de la aristocracia se ve reflejado en el análisis pormenorizado que realiza de las más altas esferas del poder imperial a partir de un minucioso trabajo de archivo. La perspectiva trabajada por el autor propone un interesante aporte al entendimiento de la Primera Guerra Mundial desde la óptica rusa, al mismo tiempo que contribuye a la comprensión de las formas de pensar de aquellos individuos y grupos de poder que moldean la ideología y cultura rusa.

El libro se organiza a través de la introducción y ocho capítulos. En la primera el autor expone los principios que van a guiar su análisis así como la perspectiva desde la cual realiza su propuesta y los límites de la misma. La original perspectiva que nos trae se debe a su acceso a espacios poco explorados anteriormente, como lo es el archivo de relaciones internacionales de Moscú. En este punto el autor remarca que la posibilidad de acceder a este archivo, así como a seis archivos más con los que trabajó y analizar los memorándums, memorias, documentos oficiales, y correspondencias personales, le permitieron llegar a una nueva interpretación de la diplomacia rusa, y particularmente de los debates al interior de los sectores de poder que determinaban las políticas de Estado.

En el primer capítulo, “Un mundo de imperios”, Lieven hace un estado de la situación de los distintos países europeos, sus intereses y ambiciones a fines del siglo XIX, situando las redes de relaciones de poder y tensiones al interior de Europa. A través de este capítulo el autor posiciona a los imperios centrales, “primer mundo”, y los conflictos en torno a ellos: el caso de Irlanda para Gran Bretaña, las unificaciones italiana y alemana, el lugar de los Balcanes al interior de la lucha de poder entre las potencias orientales (Viena y el Imperio Otomano), y el surgimiento de posiciones nacionalistas que amenazan la estabilidad de los grandes imperios. Si bien el libro se centra en el período de principios de siglo XX, a lo largo de este primer capítulo el autor retoma eventos del siglo XIX que configuraron el mapa de poder europeo y que particularmente tuvieron un impacto en la política de Rusia, como el Congreso de Viena (1815) o la Guerra de Crimea (1853-1856).

Otro de los puntos clave que el autor trabaja a lo largo del capítulo es la ya mencionada cuestión de la identidad nacional, cómo ésta genera nuevas tensiones al interior de los imperios

en expansión, y la política educativa de estos últimos para intentar frenar la explosión ultranacionalista de los pueblos oprimidos.

En el capítulo 2, “El imperio ruso”, se aborda la situación de Rusia en particular. Para ello Lieven subdivide el capítulo en dos apartados, “El imperio en casa” y “La política exterior”. En un primer momento hace un análisis general de cómo se fue construyendo el poder en Rusia a partir de la alianza entre la autocracia y la nobleza terrateniente, articulando los distintos grupos de poder que entraron en juego en la configuración de la Rusia zarista. La extensión del territorio, la dominación de pueblos no rusos (polacos, ucranianos, etc.) y el surgimiento de movimientos nacionalistas serán temas centrales del análisis, y en particular el caso ucraniano ya que por su ubicación geográfica y su producción, ocupaba un lugar preponderante en la economía rusa (productor de alimentos y productor de carbón, hierro y acero, pp. 72-73). Por otro lado, Lieven pone en escena a la opinión pública y a los grupos intelectuales como espacios de configuración de poderes que entran en tensión con las políticas oficiales. Algunos diarios alcanzaron una gran circulación, generando espacios de debate y discusión. Un grupo de poder en el que el autor se detiene y analiza particularmente es el de los eslavófilos.

El segundo momento del capítulo 2 está dedicado a la política exterior, y para ello el autor retoma el contexto internacional de fines del siglo XIX, y explica el retraso de Rusia respecto de otros poderes occidentales. La derrota en la guerra de Crimea y el rápido desarrollo de la economía alemana bajo el liderazgo de Bismarck van a dar impulso a las políticas de desarrollo industrial encabezadas por Alejandro II. Conservadurismo, estabilidad y precaución fueron los principios que guiaron la política exterior elaborada por el zar y sus colaboradores más cercanos (p. 93).

Más allá de los lineamientos que guiaron al gobierno, Lieven propone un interesante análisis de los grupos de opinión que se fueron consolidando en defensa de sus propios intereses y entendimiento del lugar que debía ocupar Rusia en el mapa internacional y particularmente respecto a la región de los Balcanes. Entre las facciones que el autor va a retomar se encuentran la facción de la corte, la facción del campo y los liberales (pp. 94-96).

La política exterior rusa llevada adelante a fines del siglo XIX en el lejano oriente significó un cambio geopolítico en la estrategia del Imperio. El enfrentamiento armado con Japón, que concluyó con la derrota de Rusia, permitió el desarrollo de las condiciones que llevaron a la revolución de 1905, e impuso límites internos a la autocracia zarista, al mismo tiempo que una derrota humillante frente al enemigo asiático. El nuevo órgano de poder político, la Duma, fue el primer “experimento constitucional” en Rusia. Ambos acontecimientos (la derrota ante Japón y la Revolución de 1905) marcaron un punto de inflexión en la política exterior rusa.

El tercer capítulo, “Los que toman las decisiones” (“The Decision Makers”), el más largo y denso en su escritura, examina algunas de las personalidades destacadas dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores de Rusia, así como los distintos actores en juego al interior del régimen zarista. El autor advierte de la densidad de este capítulo desde la introducción, y con buena razón. El sinfín de detalles, nombres, cargos y roles de aquellos personajes destacados de la política, analizados a partir de un arduo y minucioso trabajo de archivo en el cual la correspondencia es la clave para desmembrar la lógica del poder de las altas esferas rusas, impone al lector la necesidad de una gran concentración. El capítulo se articula en subapartados que se dedican a los distintos grupos de poder: “El emperador y sus consejeros”, “El ministerio de relaciones exteriores y los diplomáticos”, “Las fuerzas armadas”, “La opinión pública, los partidos y la prensa”.

A lo largo del capítulo el autor propone un excelente análisis que nos permite indagar en las personas y debates que guiaron la política internacional a partir de conocer el pensamiento de aquellos que marcaban la agenda, como Serge Sazonov, Aleksandr Izvolsky, Grigorii Trubetskoy, Roman Rosen o Aleksandr Giers, entre otros. Por un lado estaban aquellos que, como Trubetskoy, se inclinaban por los estrechos y la defensa de los Balcanes (pp. 170-171), mientras que por otro lado estaban los que, como Rosen, priorizaban su atención en el sistema de alianzas que se estaba conformando entre las potencias europeas y la carrera armamentística que terminó enfrentando a los Estados en la Primera Guerra Mundial (p. 184). A lo largo de este capítulo Lieven logra poner de manifiesto la importancia de cada uno de estos ministros, no sólo por su cercanía con el zar Nicolás II y su capacidad de influirlo, sino también por su llegada a la opinión pública a través de la cual generaban espacios de presión.

En los capítulos 4, 5 y 6, Lieven analiza los cambios en Rusia y Europa desde 1904 a la guerra en 1914. Para ello retoma las consecuencias de la derrota ante Japón; la revolución de 1905 y la creación de la Duma; las relaciones con Alemania y el Imperio Austro-húngaro; la crisis de Bosnia y sus consecuencias; la Primera Guerra Balcánica, y el aumento de tensiones por las disputas territoriales, hasta llegar al capítulo 6, “1914”. Este último está dedicado enteramente a contextualizar el comienzo de este año clave, no sólo para Rusia, sino para Europa y la configuración del balance de poder. Para poder dar una visión lo más completa posible, Lieven analiza los vínculos entre las distintas potencias, y los intereses de las mismas, aportando al entendimiento de sus relaciones de poder a partir del análisis de las correspondencias oficiales y personales.

El capítulo 7 aborda la crisis de julio de 1914 en sí misma. En este apartado, Lieven logra transmitir el estado de alerta y tensión que se vive alrededor del asesinato del archiduque Francisco Fernando, las alianzas que se ponen en juego, el rol del Imperio Austro-Húngaro, Alemania, Serbia y Rusia. Particularmente se detiene en el conflicto entre Viena y Serbia, conflicto que se venía desarrollando desde comienzos del siglo XX y que se había exacerbado a partir del triunfo de Serbia en las guerras balcánicas. Para Viena, el nacionalismo serbio era una amenaza para la monarquía, que sólo se podía resolver a través de la guerra (p. 411). Es en este sentido que el asesinato del archiduque generó el escenario justo para el enfrentamiento. Lieven nos vuelve a posicionar en el escenario internacional y particularmente en las esferas de poder, en aquellos espacios y salones donde se toman las decisiones, se crean alianzas y se decide la guerra y la paz. Viena logra estrechar vínculos con Alemania, que se compromete a respaldar las acciones contra Serbia. Sin embargo no fue hasta tres semanas después del asesinato que Viena se decide a actuar. Estas tres semanas entre el asesinato y el comienzo de las declaraciones de guerra, son llevadas a través de un relato que pone de manifiesto la disyuntiva en la que se encuentra Rusia: rendirse ante las presiones de Viena y Berlín abandonando a su contraparte eslava y mostrar su debilidad; o movilizar ejércitos y hacer frente a Viena. Los oficiales de Nicolás II sabían muy bien que el ejército de Rusia probablemente no estaba a la altura de la tarea de derrotar a Austria y Alemania, pero para los hombres que tomaban las decisiones, como Lieven muestra a través del análisis de sus memorias, el enfrentamiento parecía ser la mejor alternativa para mantener el honor y la autoridad de

Rusia (pp. 417-424). Para el 1 de agosto, el sistema de alianzas se puso en marcha, Alemania le declara la guerra a Rusia, y a partir de allí entran en juego Francia y Gran Bretaña. En este punto, el autor carga las culpas sobre las espaldas de Berlín, y le otorga el rol decisivo en la declaración de guerra como consecuencia de una agresiva política exterior.

Para poder entender un poco más el trasfondo del conflicto, Lieven retoma en primer lugar los principios diplomáticos que guiaron a Europa en el período pre-1914, particularmente el pensamiento de Émile Bourgeois; y en segundo lugar, la tensión entre Alemania y Rusia, el enfrentamiento entre teutones y eslavos que había sido abonado por la opinión pública (pp. 442-443).

El último capítulo, “Guerra, Revolución e Imperio”, aborda la Primera Guerra Mundial y la Revolución de 1917. A diferencia de los capítulos anteriores, no tiene un relato exhaustivo y pormenorizado de cada acontecimiento y decisión, sino que busca ilustrar cómo los conflictos que se plantearon a lo largo del libro resultaron en el colapso del imperio entre 1914 y 1917. Para ello el autor resalta el lugar del ejército, y cómo los problemas económicos fueron determinantes para el estallido revolucionario. Las vías férreas se convertirán en el mayor problema a enfrentar, ya que de su funcionamiento y desarrollo dependía el aprovisionamiento, no sólo de alimentos sino de materiales para la producción. Para febrero de 1917, la escasez de alimentos sumada a la inflación desataron el descontento de la población civil.

La Primera Guerra Mundial requirió una movilización social sin precedentes para poder sostener los frentes de batalla. En este sentido, Lieven remarca la necesidad de un Estado fuerte que logre cohesionar a su población y que la guíe en los esfuerzos que reclama la guerra. Rusia no lo logra. La falta de liderazgo de las elites, así como de su mismo emperador, mostraron la debilidad del gobierno y contribuyeron al desorden social. La falta de liderazgo también se verá reflejada en el aislamiento de la autocracia respecto a la Duma y de la opinión pública. Las críticas provenientes de los sectores liberales a través de los medios de comunicación no hicieron más que contribuir al colapso de un gobierno que no tenía fuerzas, ni respaldos, para enfrentar la crisis al interior de Rusia y al mismo tiempo poder sostener el frente de batalla. Lieven vuelve una y otra vez sobre el rol clave del ejército, que inclinó la balanza y se convirtió en la punta de lanza de la revolución.

En resumen, Lieven nos trae un libro esencial para comprender los orígenes de la diplomacia que llevó a la Primera Guerra Mundial a partir de un análisis muy exhaustivo de fuentes primarias. A través de su análisis de las altas esferas de poder, así como de las posiciones políticas de aquellos que toman las decisiones, el autor nos sumerge en las lógicas, contradicciones e intereses de los Imperios que tensaron el balance de poder europeo hasta llevarlo a su quiebre total en la Primera Guerra Mundial. Por otro lado, el autor hace gala de su larga carrera dedicada al estudio del Imperio ruso, a través de un gran trabajo archivístico que nos permite comprender las formas de funcionamiento del poder al interior de Rusia que tuvieron como consecuencia el colapso del zarismo y al estallido revolucionario.